

# CARTA PASTORAL

QUE EL ILUO SEÑOR

**DR. D. PEDRO MARIA CUBERO LOPEZ DE PADILLA,**

**OBISPO DE ORIHUELA,**

**dirige á sus muy queridos diocesanos, en el  
día de su consagración.**



R. 17295

**CORDOBA:**

**IMPRESA Y LITOGRAFIA DE D. FAUSTO GARCIA TENA.**

**1859.**

*Deus autem patientiæ et solatii del vobis idinsum  
sapere in alterutrum secundum Jesum Chris-  
tum, ut unanime, uno ore honorificetis Deum  
et Patrem domini nostri Jesu Christi.*

(Div. Pau. ad Rom. cap. 15 v. 5. 6.)

Mas el Dios de la paciencia y del consuelo  
os dé á sentir una misma cosa entre voso-  
tros conforme á Jesu Cristo; para que uná-  
nimes, á una boca glorifiquois al Dios y Pa-  
dre de Nuestro Sr. Jesu Cristo.

:

**NOS EL DR. D. PEDRO MARIA CUBERO LOPEZ DE PADILLA,**  
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA  
OBISPO DE ORIHUELA, PREDICADOR DE S. M., CABALLERO CO-  
MENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE  
CARLOS III, DEL CONSEJO DE S. M , ETC. ETC.

Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia, á los Arci-  
pastes, Curas Párrocos, Vicarios y Clero: á las religiosas y demás  
fieles de nuestra Diócesis: Salud, paz y bendicion  
en Nuestro Señor Jesu Cristo.

**L**a providencia de Dios, que ordena suavemente todas las cosas á los fines de su adorable sabiduria, nos ha llamado en sus incomprensibles juicios para desempeñar el ministerio apostólico y elevarnos á la gerarquia de aquellos privilegiados varones, que cual vasos de santa eleccion obtuvieron el dichoso encargo de dispensar á los hombres los favores y doctrina del cielo. Si mirásemos solamente nuestra miseria y pequeñez, y si no tuviésemos mas motivos de aliento que los concedidos á las débiles fuerzas del hombre, ciertamente nos con-

fundiria y aterraria la sola idea de tanta dignidad, y hubieramos resistido como impotentes el ministerio de honor y de gloria, cuyo digno desempeño puede decirse que está reservado á los ángeles. Pero la misericordia del Señor, que nunca niega sus auxilios á los que sinceramente y con humildad de corazon se lo piden, y que derrama su santa gracia con la profusion proporcionada á los cargos que impone al hombre, nos ha sido de poderosa y consoladora causa para entregarnos, como débil instrumento, á la voluntad del Señor, que pone á nuestro cuidado y desvelo la direccion de esa preciosa parte de su numeroso rebaño.

Ademas de este motivo fundamental de nuestra confianza, que debe ser en todas las cosas la base sólida en que descansa la del hombre cristiano, tenemos otras de gran valor y momento, que nos alientan y confortan en nuestras dificiles, aunque gloriosas tareas. Son estos los edificantes y luminosos ejemplos, que nos han legado nuestros Ilustres Predecesores por su celo, sabiduria y virtud: la cooperacion eficaz, que justamente esperamos de la prudencia, ciencia y cristiano interes de todos y cada uno de los dignísimos individuos del Ilmo. Cabildo, nuestro senado nato: la del la-

borioso é ilustrado clero de la diócesis, la religiosidad de sus autoridades y la piedad de sus pacíficos habitantes. Estos motivos sin duda de confianza y consuelo nos decidieron á acatar la voluntad de nuestra excelsa Soberana (q. D. g.), que despues fué bondadosamente confirmada por nuestro Santísimo Padre, cabeza visible de la Iglesia universal, que felizmente nos rige. Por ellos nos separamos, aunque con dolor, de un virtuoso y esclarecido Prelado; de un respetable Cabildo, de quienes merecíamos atenciones y deferencias que jamás podremos olvidar; de un Seminario ilustre que ha sido siempre el preferente objeto de nuestros desvelos. Por ellos abandonamos los legitimos é inocentes halagos y comodidades que nos prodigaba el pais que nos vio nacer, en donde hemos pasado tranquilamente la mayor parte de nuestra vida rodeados de numerosos amigos, de compañeros de la infancia, de la juventud y enseñanza, de quienes hemos recibido repetidas pruebas de aprecio, que ni el tiempo ni la distancia podrán borrar jamás de nuestro agradecido corazón. Séanos por lo tanto permitido pagar este pequeño tributo de justicia, que con la nobleza é hidalguía de nuestro carácter queremos consignar como de-

bido homenaje que gustosamente tributamos á la ilustrada Ciudad y provincia de Córdoba, de donde nos retiramos en fuerza de nuestro sagrado deber; pero con lágrimas de amor y reconocimiento.

Próximo ya el día de vernos en medio de vosotros y al frente de nuestra querida diócesis, que forma el precioso rebaño, que se nos ha confiado, sin mérito alguno para ello, hemos creído oportuno dirigiros nuestra débil voz con toda la solicitud de un Padre amoroso, con todo el desvelo de un celoso Pastor que procura el bien de sus ovejas y que desde lo íntimo de su corazón pide al Padre y autor de todo bien las colme de las gracias y favores que son patrimonio de las almas dichosas y afortunadas. No nos equivocamos si de antemano nos prometemos vuestra docilidad y que oiréis gustosos las palabras y consejos de salud eterna que en cumplimiento de nuestro ministerio os dirigimos: sabemos que sois piadosos, que en vuestros corazones arde la llama pura de la fé, y que no podéis menos de corresponder á los avisos y llamamientos del que ha constituido el Señor en medio de vosotros como centinela y custodia de la casa de Israel. El Señor haga que asi

sea y que fecundice sobremanera la que hoy os dirigimos poseidos del mas ardiente deseo por vuestra felicidad eterna y temporal, que tan de veras anhelamos.

Por eso hoy, que hemos recibido, por la misericordia de Dios, la plenitud del sacerdocio, y que la Iglesia santa cual cariñosa maestra nos ha puesto delante de nuestros ojos las augustas ceremonias de nuestra consagracion, cuya significacion mistica nos representa el vínculo sagrado é indisoluble que nos une en Cristo nuestro Redentor y Maestro; hoy que para siempre somos de vosotros, á cuyo amor nos entregamos con la confianza que un padre puede entregarse al de sus hijos muy queridos; hoy que haciendo justicia á vuestros religiosos sentimientos no nos engañamos en creer que se dirigen fervorosas súplicas al Señor para que derrame su santa gracia sobre vuestro Prelado y bendiga sus pasos como los de aquellos que evangelizan el *bien y la paz*, hemos creído que nuestro primer deber era dirijiros nuestra voz paternal con toda la santa efusion y cariño de un corazon abrasado en vuestro amor, y con toda la preferencia que se merecen hijos tan amados, de quienes hemos recibido de antemano prendas se-

guras de aprecio y repetidas pruebas de veneracion y respeto.

Muy del caso nos ha parecido para este objeto saludaros afectuosamente con las palabras que el santo Apóstol de las gentes dirigia á los Romanos que habian abrazado la religion de Jesu Cristo, que por fortuna todos profesamos. *El Dios de la paciencia y del consuelo os dé á sentir una misma cosa entre vosotros conforme á Jesu Cristo, para que unánimes, á una boca glorifiqueis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesu Cristo.* Este saludable consejo que daba á su naciente grey el infatigable Apóstol, es el mismo que os damos como base fundamental de la confianza y perfeccion cristiana, y como una necesidad apremiante de los dias azarosos y turbulentos que por desgracia atravesamos. Nada mas necesario en estos dias de agitacion continua y de angustias cristianas que pedir y alcanzar aquella ciencia celestial y sublime que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, haciendole conocer las miserables condiciones de su origen, los dificiles senderos de su vida y el término incierto de su carrera. Nada tampoco mas útil y necesario que comprender la voluntad del Señor, significada en sus criaturas, llenando con pro-



vechosa abnegacion los secretos destinos que nos señala su adorable providencia. Sabemos que fuimos todos criados a imagen y semejanza de Dios; que nos colmó de infinitos favores y beneficios; que agotó, si puede decirse, las fuerzas de su omnipotencia y sabiduria criando al hombre, obra predilecta de su bondad, constituyendolo Rey del universo, para quien destinó los tesoros inmensos de sus celestiales riquezas. Sabemos que inspirandole aquel soplo divino de vida le imprimió el sello de su inteligencia, para que atravesando los estorbos y dificultades de la tierra, pudiera penetrar algun dia en las amenas llanuras y gustar las dulzuras del cielo. Pero sabemos tambien que por desgracia perdimos todos estos bienes, que fuimos condenados á la expiacion y sufrimientos desgraciados sobre la tierra, rodeados de todo género de males y sugetos á la esclavitud del que con criminal arrogancia quiso *subir al cielo y ser semejante al Altisimo*.

Todo esto, muy amados mios, nos lo enseña la veneranda historia de nuestra santa Religion; desprendiendose de todo ello con precisa exactitud. que nuestro patrimonio sobre la tierra es la desgracia, nuestra condicion el sufrimiento, y que debe-

mos acudir al Dios de paciencia y de consuelo para que nos dé la ciencia que nos haga sentir una misma cosa conforme á Jesu Cristo. A poco que meditemos sobre las profundas verdades que dejamos consignadas, comprenderemos toda la importancia de esta doctrina admirablemente consignada en la economía de la sabia providencia del Señor, de aquel Dios de paciencia y de consuelo, que sin faltar á los deberes de su inmutable justicia, acudió al socorro y alivio del hombre con los benéficos auxilios de su inagotable misericordia. Muy luego le dice que un reparador divino vendria á conciliar á la tierra los bienes y delicias del cielo que habia perdido, derramando sobre la mortal herida del pecado el bálsamo vivificante de la gracia, sucediendo al dia fatal de la muerte el esplendoroso dia de la vida. Desde la caida en el paraiso hasta la elevacion en el calvario; desde la noche tenebrosa del pecado hasta el dia venturoso de la gracia, la solicitud amorosa del Señor no ha cesado de anunciar á las gentes los favores que deben esperar de su infinita misericordia, pudiendo llamarse la historia del mundo una serie de continuos y celestiales favores, que esplican con magnífica claridad y sencillez la vo-

luntad del Autor de todo bien, llamándonos al estudio de las verdades sublimes que forman el glorioso conjunto de la ciencia en Jesu Cristo. La fé pura de los Patriarcas, su longevidad providencial, los oráculos y prodigios de que la tierra fué testigo, los Profetas santos, que cual divinos instrumentos anunciaban al hombre la voluntad de su Dios, los monumetos venerandos que enseñaban á las generaciones futuras la creencia de sus mayores, los sacrificios que santificaban los sentimientos del corazon, la ley que prescribia el egercicio mútuo de las virtudes, que amparaba al desvalido, protegia al débil, socorria al menesteroso, refrenaba al injusto y premiaba al inocente, son otros tantos irrecusables documentos de la enseñanza que el hombre ha debido constantemente al cielo, son otros tantos elocuentes clamores del Dios de paciencia y consuelo, que nos llama á la cátedra de su Unigénito para que aprendamos la ciencia de salud eterna que aliente nuestra esperanza, que es prenda de su amor, y prodigue su consuelo, que es necesidad de nuestra miseria y condicion. Estas verdades tan claras y terminantes se encuentran tan gravadas en el corazon del hombre, que hasta los pueblos idólatras

y paganos, que alejándose de su cuna fueron perdiendo y desfigurando el precioso tesoro de las verdades del cielo, las sienten y testifican, acaso sin conocerlo, en su legislacion y costumbres, en sus fiestas y ceremonias, en sus ritos y sacrificios, sin que por mas repugnantes que aparezcan á la luz de la revelacion puedan desconocer el carácter divino que recibieron en su origen.

Tal es, muy amados míos, la voluntad constante del Señor manifestada al mundo, que el hombre está obligado á estudiar y cumplir si ha de llenar con provechosa abnegacion los destinos que en esta pasagera peregrinacion sobre la tierra le ha señalado la adorable providencia de su Dios. Tal es aquella ciencia venturosa que, como dice el apóstol, nos enseña á *saber nada mas que lo que conriene y saber hasta la sobriedad*. Y por ventura ¿no le enseña tambien los medios de conseguirla? ¿Seria posible que un padre tan solícito y amoroso dejase desprovistos á sus hijos muy queridos de la santa enseña para alcanzar esa ciencia tan sublime? No, amados míos: acudamos á su preciosa escuela, y recibiremos lecciones elocuentes, que debemos aprender, divinos y edificantes egemplos que debemos imitar. Oigámosle:

*En otro tiempo habló Dios á nuestros padres por medio de sus profetas; novísimamente ha hablado á nosotros en su Hijo, porque amó Dios de tal manera al mundo que no perdonó á su propio hijo, entregándolo como víctima propiciatoria por el pecado del hombre para satisfacer la divina justicia. Se ofreció voluntariamente por el hombre para que no pereciese y obturiese la vida eterna, y siendo en su origen y por naturaleza santo, sin mancha, y separado de los pecadores, se presentó entre nosotros como si por nosotros hubiese cometido pecado. Apareció pues en el mundo y conversó con los hombres para enseñarnos que condenando la impiedad y los deseos del siglo vivamos sobria y piadosamente esperando la dichosa bienaventuranza, para la que todos fuimos llamados; su vida fué un continuo sacrificio, desde la pobreza y desnudez de Belen hasta la muerte tumultuosa y violenta del calvario. Predicó y enseñó verdades que nadie hasta entonces había enseñado al mundo. Su corazón era patrimonio del hombre, y sus beneficios y favores el tesoro inagotable donde encontraban remedio todas las necesidades. Sus virtudes revelaban su santo origen; sus milagros y profecias publicaban su*

divinidad. Nació condenando el monstruo de la soberbia. Vivió recomendando la humildad, y murió dando egemplo de la caridad mas pasmosa. Vivió como subdito teniendo en su poder todos los tronos del mundo; se sugetó à la ley siendo legislador de la naturaleza, y acató y obedeció los poderes de la tierra siendo dueño y señor de los reinos del Cielo. De sus lábios brotaba doctrina celestial de salud eterna, sus obras eran edificantes egemplos de virtudes santas, que dejaban ver un tipo acabado de perfeccion y santidad, para que el hombre aprendiese la verdadera ciencia del Cielo.

Pues bien, queridos nuestros, si deseamos alcanzar esta verdadera ciencia en Jesu Cristo, seamos fieles imitadores suyos; trazada nos deja la regla que debemos seguir, los egemplos que imitar, las elocuentes lecciones que aprender. *Despojémonos del hombre viejo, hijo del pecado, y vistamos el hombre nuevo, hijo de la gracia*, que nos dé resignación en los trabajos, sufrimiento en las adversidades, paciencia en los contratiempos, consuelo en la desgracia, alivio en los padecimientos, conformidad en el infortunio, y todo cuanto pueda atenuar y disminuir el funesto rigor de nuestra comun condición y de la miseria y los males que son el tris-

te patrimonio de esta vida. Si queremos pues alcanzar esta verdadera ciencia del cielo es menester que el hombre aprenda en el trabajoso libro de la vida las páginas que forman el conjunto de las prescripciones del Señor, labrándose su patrimonio de salud sobre el campo mismo de las enfermedades y la muerte. Acudamos presurosos á tan feliz llamamiento; pero corramos, hijos míos, con la fé viva en nuestros corazones para cumplir su santa ley, con la esperanza firme en los bienes prometidos, y con la ardiente caridad, que es el fecundo principio de donde deben partir todas nuestras buenas obras. Ni nos debiliten y aterren las dificultades en su cumplimiento; ni temamos con despreciable debilidad los males y contratiempos que experimentemos en su carrera, porque escrito está: que *el reino del cielo sufre violencia y no será coronado sino el que pelear denodadamente*. ¿No celebra el mundo á sus gloriosos héroes, que por sus esforzadas acciones han llenado de gloria la historia de las naciones? ¿No escitan un sentimiento de noble gratitud las empresas y las virtudes de aquellos seres privilegiados que han enriquecido las ciencias, las artes y todo lo que puede contribuir al engrandeci-

miento de los pueblos? ¿No se levantan elegantes y magníficos monumentos, donde parecen agotarse los recursos del arte, del gusto y de la generosidad para perpetuar su memoria y publicar en esos mudos pero elocuentes testimonios sus nombres y sus bazañas? ¿No se venera su memoria basta el punto que las generaciones mas remotas mirasen como una profanacion sacrilega la mas leve sombra que empane el resplandor sagrado de su fama? Tan cierto y natural es que las grandezas y las glorias son siempre fruto de extraordinarias acciones, y que para alcanzar los triunfos y gozar el premio de las virtudes es menester guerrear con denuedo en el campo de los trabajos y sufrimientos.

Pero bay que notar una razon de ventajosa diferencia. La gloria que concede el mundo á esos séres privilegiados suele á veces eclipsarse ó por otra mas nueva y sorprendente, ó por la inconstancia de los tiempos, ó por la ingratitude de los hombres, que comunmente acaba con los mas gloriosos monumentos que manos mas justas y agradecidas levantaron; siendo por desgracia muy frecuente que sobre las glorias del héroe se dejen ver las señales del olvido y la in-



gratitud. Mas sólida y duradera es la suerte que espera al soldado del Señor, y mas copioso y permanente el premio y galardón que la justicia de Dios le prepara en los cielos, sin que la inconstancia del tiempo, los azares de la vida, ni la ingratitud de los hombres puedan arrebatárselo. Pero no echemos en olvido que las armas para este combate no son las que generalmente emplea el mundo: no son el hierro y el acero que derraman la sangre del enemigo, ni la lanza que penetra y atraviesa su corazón; son armas de otro temple, que se dirijen á vencer los malos hábitos y criminales pasiones que sobreponiéndose á la razón ejercen un imperio indomable, que destruyen y embotan su virtud y pujanza. Son, si, las preciosas virtudes que constituyen la invencible armadura del verdadero cristiano, aquellas que vencieron el furor sangriento de los tiranos, y que débiles en la apariencia fueron bastantes para resistir y vencer los violentos ataques de formidables enemigos, triunfando de la soberbia, altivez y poderío de sus perseguidores. ¿Y de qué medios nos valdremos para alcanzar esta ciencia tan sublime, que tantas ventajas promete sobre la tierra y tan estimulante y copiosa recompensa

nos dará en el cielo? De medios ciertamente muy claros, amados nuestros, y de muy facil conocimiento: siendo incansables en el estudio de nuestra santa Religion, activos y diligentes en el negocio de la vida, solícitos y aprovechados en la santa escuela de Jesu Cristo. En ella aprenderemos á domar nuestra soberbia que pretende elevarnos injustamente sobre los demas, hollando siempre despiadados los respetables y sagrados deberes de nuestros hermanos. En ella aprenderemos á refrenar los violentos arranques de la ira, que tristemente nos conduce á causar todo género de males al inocente y desvalido que implora nuestro amparo y proteccion. En ella aprenderemos á condenar esa miserable y repugnante avaricia, que acumulando riquezas sobre riquezas, tesoros sobre tesoros, cierra siempre los oidos del corazon para socorrer al menesteroso, y que nandando nuestras mesas en opíparos manjares neguemos una migaja de pan siquiera al hambriento como al *pobre Lazaro* del Evangelio: *insensatos! ¿qué seria de vosotros y de vuestras riquezas si en esta misma noche se os pidiera razon de vosotros mismos? ¿y vuestras riquezas de quien serian?* En ella aprenderemos el uso lícito de los

placeres del cuerpo, de esos ponzoñosos halagos que seduciendo blandamente los sentidos destruyen y matan las fuerzas y virtudes del alma; de esos pasajeros embelesos que en copa de doradas comodidades, de recreos estudiados, derraman en el corazon el veneno activo de la muerte. Finalmente aprenderemos aquella santa y provechosa resignacion y conformidad con los destinos que la providencia dei Señor nos ha señalado en esta miserable vida, teatro siempre de penosos afanes, de agoviantes trabajos, de costosos sufrimientos, sin que la cruel y feroz envidia arme nuestro brazo contra la ecsaltacion del hermano que mas feliz que nosotros posee el rico patrimonio del mérito y de la virtud.

Todas estas inmensas ventajas, queridos hermanos é hijos mios, nos traerá con profusion el sólido estudio de nuestra Religion santa, por cuyo medio alcanzaremos la verdadera ciencia que el cristiano necesita, y que nos dará el Dios de paciencia y consuelo para que conozcamos y sintamos *una misma cosa entre nosotros conforme á Jesu Cristo, para que unánimes, á una boca glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesu Cristo.* Desdichados de nosotros si olvidando

nuestros santos deberes y despreciando estas ventajas celestiales, nos entregamos criminales al impulso de nuestras pasiones, y entretenidos y ebrios con los placeres de la tierra nos olvidamos y aun desconocemos el camino del cielo. No permita el Señor que ninguno de vosotros caiga en tan irreparable desacierto, que por desgracia es la señal distintiva de los infortunados tiempos que alcanzamos.

Tal es indudablemente la enfermedad que aqueja al mundo moral, trabajado y agoviado por un cúmulo de males, que aunque distintos en la apariencia, reconocen en su fondo un mismo funesto origen. A muy poco que estudiemos sobre su situación actual debida en gran parte á las peligrosas doctrinas que sustenta, comprenderemos que la sociedad presente está enferma, y que su enfermedad nace del olvido criminal en que tiene el estudio de nuestra santa Religion. Como si no tuviese mas vida que la presente, ni mas *Dios que su vientre*; como si todo su bien y felicidad se redujese al corto periodo de su material existencia, se entrega locamente afanosa por las comodidades y dulzuras del cuerpo, olvidandose neciamente de las mejores y mas apremiantes necesidades y cul-

tivo de su alma. Contenta y orgullosa de las que llama gloriosas conquistas de la débil razon del hombre; ufana de los tesoros que arranca á las entrañas de la tierra, satisfecha de los pasmosos adelantos en las ciencias y en las artes; engreida con las mejoras y perfeccion de la industria; gozosa como un frenético de los regalos y comodidades que se sabe proporcionar, pretende desentenderse del cielo, entregándose locamente al cuidado y cultivo de la tierra; y mientras engalana y hermosea el polvo miserable que ha de servirle de tumba, olvida y afea la mansion que ha de serle permanente en el cielo. ¡Lamentable extravio! pero dolorosamente cierto. De aqui nace ese impasible egoismo que encierra al hombre dentro de sus cálculos, esa fria indiferencia con que se muestra á vista de los males del prógimo, esa insaciable codicia que hace estériles los mejores instintos del corazon sin permitir las dulzuras incomparables de socorrer y aliviar la triste suerte del hermano.

Hay otro mal muy grave que es fuerza mencionar para prevenir su mortal contagio. Es muy comun en nuestros dias pretender que existe una contradiccion verdadera entre la razon del hombre y los mandatos que previene la voluntad del Se-

nor. Como si realmente existiese un positivo divorcio entre el cielo y la tierra, se aparenta desconocer las secretas relaciones de la creacion, y deducir impiamente que la razon es la soberana guia del hombre, y que la religion es una cadena que la degrada y envilece. De aqui el desprecio de nuestra Religion santa, el olvido de sus mandatos, la burla de sus edificantes ceremonias, el abandono de sus templos, y todos los errores consiguientes de tan erróneo y sacrilego principio. De aqui ese punible olvido de nuestras prácticas religiosas, de nuestras tradiciones de familia, que naciendo en el hogar doméstico al abrigo de la autoridad paterna, forman robustamente la educacion de los pueblos. De aqui ese insolente y continuo desden de todo lo que es piadoso, de todo lo que respira el suave y purísimo olor de las edificantes, sencillas y reverentes ocupaciones de nuestros mayores, que mas cristianos y dichosos que nosotros nos legaron un patrimonio de santo consuelo que hoy impiamente renunciamos. De aqui el desconcierto en las ideas, la anarquia en los principios, el laberinto y enredo en las operaciones, el desaliento en unos, el atrevimiento en otros, la ambicion y la impaciencia en muchos y el desorden y confusion en todos.

De aquí esa sed rabiosa de placeres que aqueja al mundo, esa agitacion turbulenta que lo conmueve y precipita corriendo alegre y bullicioso de festin en festin, ansioso de ofrecer los tesoros de sus riquezas al ídolo de sus delicias sin tener apenas para su Dios un grano de incienso que presentar en sus altares.

No exageramos, amados nuestros, en la triste pintura que hemos delineado. Quisiera el Señor que no fuese cierta! Insensatos, creéis que no haya vínculo alguno entre la tierra y el cielo, la criatura y su criador, el hombre y su Dios? Os engañais, miserables! todo el mundo está sugeto á su Dios, que es causa, principio y origen de todas las cosas. Todo nace en él y termina en él, porque *en él vivimos, nos meremos y somos*, y sin su voluntad conservadora ni vosotros mismos podriais gloriaros de esas mismas obras que os sirven para alimentar vuestra impia vanidad y orgullo. *Qué puede tener el hombre que no haya recibido? y si lo ha recibido, por qué se gloria?* Esa misma razon debia servir de guia infalible para haceros conocer la dependencia de su Dios, porque siendo el mas noble atributo del hombre, no puede sustraerse del autor que le comunicó su actividad y virtud. No la

encadena ni envilece la religion, antes si facilitándole el conocimiento de otras imprescindibles verdades que naciendo en Dios tienen que arrancar nuestro racional convencimiento, vienen ambas, como elementos que reconocen un mismo origen, á conducir suavemente al hombre para que llene los designios de la voluntad de su Dios. Y porqué pues pretende el mundo ese impio divorcio? Muy clara es la causa. Porque quisiera una religion que no condenase sus vergonzosas debilidades; que renunciando á las prescripciones del cielo tolerase y sancionase las culpables pasiones y extravios de la tierra: una religion que acomodándose á la veleid y caprichos del hombre, no sostuviese el rigor invencible de sus eternas é inmutables prescripciones, y que disimulando la justa severidad de sus mandatos no sirviese de continuo torcedor de sus endurecidos corazones!..... ¡Ay queridos nuestros! si posible fuese penetrar en el fondo de los corazones que asi piensan, si pudiera ponerse de manifiesto el cuadro secreto de las ocultas miserias de los que blandos como la cera se dejan conducir por los extravios del error! Entonces nos asombrariamos de las vergonzosas debilidades que temen presentar á la láz



del mundo porque *el que obra mal aborrece la luz.*

Como si el mundo actual se avergonzara de Evangelio y cerrase los ojos á los inmensos beneficios que la Religion le ha prodigado, se olvida insensato de sus saludables preceptos, de sus utilísimos consejos, atribuyendo soberbio los bienes de la tierra á su mezquina inteligencia, y olvidando ingrato los favores del cielo. ¿Qué diria el mismo mundo si de esta manera obrasen los que acá en la tierra participan los beneficios que suele dispensar el favor y valimiento del hombre? ¿No se diria que desconocia los mas bellos sentimientos del corazon negándose á gustar las dulzuras del reconocimiento? Pues si esto juzgamos de los pasajeros y variables favores del hombre, ¿por qué no hemos de juzgar asi cuando ingrato olvida los permanentes beneficios de su Dios? Mas justos y agradecidos se mostraban los pueblos idólatras para con sus falsas deidades, atribuyendoles todo lo que era santo, todo lo que era justo; llegando este sentimiento de respeto y veneracion hasta el punto de que antes de entregarse á los escesos y alegría por el feliz éxito en los combates, se dirijian á sus templos con el polvo en sus armaduras para ofrecerles in-

cienso y tributarles el honor y gloria de las victorias. ¡Qué contraste, amados míos! vergüenza y confusión debía causarnos á los que por dicha nuestra llevamos en nuestras frentes la señal de cristianos. No es ciertamente la Religion quien condena las obras del hombre, ni se opone de modo alguno á las mejoras y adelantos que su activa inteligencia le ofrece. Seria una contradicción absurda que Dios condenase lo que es obra de su poder, como un artifice lo que es fruto de su trabajo. Las mejoras y adelantos del mundo, ya se miren con relacion á las ciencias, á las artes, á la industria y á todo cuanto pueda mejorar la condicion del hombre, merece sin disputa la proteccion del Señor, porque todo es obra de su voluntad soberana y de aquella secreta armonia que las pasiones y errores pretenden desconocer. La tierra y el cielo que en admirable consorcio ostentan y publican la magestad y gloria de su Dios, no pueden ser enemigos de su grandeza sino cuando el hombre rompe los vinculos que le unen en el punto inmenso de su adorable providencia. Las comodidades, las dulzuras y bienes de la tierra pueden muy bien conciliarse con las severas prescripciones del cielo, cuando el hombre los mire co-

mo favores de la infinita misericordia de su Dios, y en ellos alabe las prendas de amor que su bondad le prodiga. Busque pues à su Dios en este punto admirable de su santa providencia: búsquelo con fé viva, con esperanza cierta, con caridad ardiente, con humildad de corazon, domando la ingrata altivez y soberbia que lo separa de su Dios: búsquelo con santa abnegacion en su providencia, con segura esperanza en sus promesas, con ardiente deseo de cumplir su santa ley, con el santo temor que es prenda de acierto y camino seguro que nos lleva al Cielo. Con estas buenas disposiciones llegará á alcanzar la sobria enseñanza que necesita en la tierra, y aquella ciencia sublime que nos ha de conducir al Cielo formando un solo espíritu en Jesu-Cristo, como dice el Apóstol.

A llenar este imprescindible deber estamos todos indeclinablemente llamados. El mundo entero, sea la que fuere la forma especial de su organizacion social, de sus clases, gerarquias y condiciones está sugeto á esta absoluta prescripcion, que no puede desconocer sin resistir ese sentimiento de felicidad que la naturaleza inspira y la religion robustece. Si queremos desterrar la enfermedad de muerte que amenaza á la sociedad; si

hemos de aplicar el benéfico bálsamo que sane y cicatrice las profundas heridas que la impiedad y el error, la falsa doctrina é ingratitude de los tiempos han causado lastimosamente en el fondo de su corazón, es indispensable que nos apliquemos constantes al estudio de nuestra santa Religión, y seamos solícitos del cumplimiento de sus mandatos. Es indispensable que á imitación de nuestro divino Redentor y maestro abracemos constantes acá en la tierra el camino seguro que dejó trazado del cielo, y que renunciando nuestras débiles pasiones de la muerte aspiremos infatigables á obtener el tesoro de la virtud, que es el patrimonio de la vida. Pero hagámoslo, hijos míos, en espíritu y verdad, no en ficción y engaño; hagámoslo en aquella santa unión que la sólida religión inspira, no en la hipocresía y doblez que el Señor aborrece y condena como al fariseo del Evangelio: de este modo viviremos tranquilamente felices en la tierra, gozando de la paz envidiable del alma, que el mundo no puede darnos, y alcanzaremos el verdadero don de ciencia que nos haga dichosos en el cielo.

Para alcanzarlo, queridos hijos nuestros, poned vuestros ojos y confianza en la poderosa intercesión

de vuestra titular **María Santísima de Monserrate**, que siendo madre y consuelo en este valle de lágrimas, acudirá clementísima al socorro de vuestras necesidades y derramando en sus queridos hijos el raudal de sus gracias y protección.

Pero si todos estamos llamados al exacto cumplimiento de este indeclinable deber, tenemos nosotros, venerables hermanos y cooperadores en el santo ministerio, otro muy especial y apremiante por nuestro elevado carácter y sagradas funciones. El Señor nos ha constituido dispensadores de sus misterios y favores, llamándonos como instrumentos de su bondad, para que siendo fieles mediadores entre Dios y los hombres, elevemos á su trono de misericordia las necesidades de la tierra, y consigamos que descieran sobre ella los favores del cielo. Somos los centinelas avanzados á quienes confía la solícita y vigilante custodia de su santo depósito. Somos los doctores y maestros de la casa de Israel, que debemos discernir la lepra y enseñar la doctrina y perfección que su santa ley encierra. Formamos la milicia sagrada que guarda su rebaño, los pastores celosos que apacientan sus ovejas con documentos de vida y salud eterna; enseñémosle con la su-

bordinacion de buen soldado la obediencia que debe prestar á las legítimas potestades, que *no podemos ni debemos resistir sin resistir la ordenacion de Dios*; seamos buenos pastores, que si necesario fuese *pongan sus almas por sus ovejas sin que huyamos à la vista del lobo como pudiera hacerlo el codicioso mercenario*. Profundo debe ser en nosotros el respeto y sumision à la autoridad, à la que debemos obedecer *no solamente por el temor sino por la conciencia* y porque sin faltar à los deberes de Dios no podemos faltar à las potestades de la tierra, dando justamente *à Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que es del Cesar*. Resplandezcan nuestras virtudes, *como la antorcha que se coloca sobre el candelero para que sean vistas por todos los habitantes de la casa del Señor y glorifiquen à nuestro Padre comun que está en los cielos*. *No se turbe nuestro corazon ni abrigue miedo*. No le asuste el enojo ni odio del mundo, porque antes se lo tuvo à nuestro divino Redentor y maestro. Enseñémosle la paz verdadera que el mundo no puede darle; démosle edificantes virtudes que imitar, sana doctrina que aprender, caridad ardiente que ejercitar. Ciencia, celo y virtud nos demanda el Señor: ciencia, celo y virtud

debemos enseñar al pueblo. Ni nos desmaye ni nos desaliente el poco fruto que de nuestro trabajo alcancemos, porque debemos trabajar *incesantemente hasta lo importuno predicando, instando, arguyendo, reprendiendo en toda paciencia y doctrina; la palabra de Dios no está ligada*; el mundo entero corre bajo la mano de la sabia providencia del Señor; y ¿quien sabe si el dia menos pensado tuerce sus caminos y los dirige del lado de la voluntad de su Dios? y ¿quien sabe si seremos los dichosos instrumentos de su voluntad omnipotente para atraerlo por el camino de su felicidad y verdadera perfeccion? Trabajemos pues sin descanso, hermanos nuestros; pero hagámoslo sin emulacion ni soberbia, sin ese fatal espíritu de encono y enojo que es la mala semilla que por desgracia siembra *el hombre enemigo* con dolorosa profusion sobre la misera tierra. Solamente asi podremos desempeñar dignamente el deber especial de nuestro santo ministerio, conforme al verdadero espíritu de la ciencia sublime de Ntro. Sr. Jesu-Cristo, como nos recomienda el Apostol.

No debemos pasar en silencio sin dedicar algunas lineas à esas admirables criaturas, esposas fieles del Cordero immaculado, que en su santo

propósito dan ejemplo de todo lo mas grande, lo mas heroico y edificante que nuestra santa Religion inspira á los mortales. Encerradas, hijas nuestras, para siempre en vuestros santos e inviolables recintos, privadas hasta de los inocentes goces que la naturaleza santifica, llevais en vuestra heroica vocacion el sello de la resignacion y desprendimiento con que os retirasteis del mundo para buscar á vuestro Dios: y mientras aquel se aleja y aun lo olvida disipando sus favores cual hijo pródigo aqui en la tierra, vosotras aplacais la justicia del Señor con vuestras oraciones y penitencias y le alcanzais nuevos favores y perdon del cielo. El Señor conserve y fortalezca vuestro santo propósito, amadas mias: vivid unidas comunicando con nuestro Dios por medio del saludable vinculo de la virtud y de la observancia, que son prendas seguras de felicidad y consuelo. Si el mundo os lo niega desconociendo insensato el verdadero mérito de vuestra austeridad y retiro, no os quejeis, hijas nuestras, porque la ingratitude es fruta propia del mundo, y vosotras aspirais á gustar otra mas dulce y pingüe que os promete el cielo. Tened muy presente la santa obediencia y el amor mútuo como cualidades indispensables de



las almas perfectas; sed dóciles porque la docilidad conduce á la virtud y esta al premio que anhelosas buscáis en vuestro queridísimo esposo: él mismo os lo conceda.

Réstanos dirigir una tierna y cordial ojeada á nuestro Seminario Conciliar, como testimonio especial de la predilección que le tenemos; nunca podremos olvidar que fuimos seminarista y que en uno justamente célebre (S. Pelagio Martir de Córdoba) recibimos bajo la dirección de sabios y respetables maestros nuestra educación eclesiástica, al que todo, después de Dios, se lo debemos. Jamas olvidaremos aquellos preciosos días que asistíamos á sus aulas y aprendíamos los conocimientos de la mas sólida y sana enseñanza: días ciertamente los mas felices de nuestra vida, que siempre recordaremos con inocente y pura alegría, y que nos traen á la memoria nuestro origen en el estudio, nuestra enseñanza en las catedras, y nuestros afanes y desvelos por la dirección de la numerosa juventud que por su fama y renombre encierra. Seannos permitidas estas cortas líneas como prueba, aunque muy pequeña, del gratísimo recuerdo que nuestro corazón conserva. Vosotros pues, hijos nuestros, que os identificáis en tan gratos recuerdos, sereis para mi alma la prenda mas querida que demande toda nuestra solicitud y desvelo. Sois los jóvenes Samueles que os

criais y nutria á la sombra benéfica del templo, llamados y destinados por el Señor para desempeñar en su dia los ministerios de su santa casa. Grande, importante y sublime ha de ser vuestra mision; la Iglesia funda en vosotros las mas justas y lisonjeras esperanzas, que no pueden ser estériles sin incurrir en el desagrado de nuestro Dios. Preparaos pues para responder dignamente á la responsabilidad que vais contrayendo, y enriqueced vuestras almas con la ciencia y la virtud, que son el patrimonio de los ministros del Señor: sed dóciles y sumisos á vuestros sabios directores y maestros, sed constantes en la aplicacion y solícitos de la disciplina, que constituyen las buenas dotes de los cuerpos colegiados. Tened muy presente que la verdadera sabiduria no se adquiere sin el *santo temor de Dios*, al que debeis acudir como fuente y principio de vuestro saber y virtud; y lo conseguireis valiendos de la poderosa intercesion de Maria Santísima en el misterio augusto de su immaculada Concepcion, y de la de vuestro inclito titular el Arcangel S. Miguel. El Señor os bendiga y prepare vuestros rectos caminos, como lo desea vuestro Obispo, que nada omitirá para conseguirlo.

Concluyamos, hermanos y queridos hijos mios, pidiendo al Dios de paciencia y consuelo que proteja y

conserve á nuestro Santísimo Padre Pio IX, aumentando sus esclarecidas virtudes, prosperando sus trabajos de Pastor y Padre de la Iglesia universal. El Señor le colme de todas sus gracias para dirigir con acierto la nave de S. Pedro. Pidamos por nuestra excelsa y bondadosa Soberana, cuyos sentimientos religiosos y benéficos son tan conocidos, para que el Señor le conceda un reinado feliz y dichoso y proteja con los sabios y experimentados consejos de su entendido y religioso Gobierno los sagrados intereses que la Providencia del Señor ha puesto en sus manos. Pidamos por S. M. el Rey su augusto esposo, por el Principe, para que derrame el Señor sobre su tierno corazón el tesoro de virtudes que en su día lo hagan grande, fuerte y poderoso: pidamos por toda la real familia, por todas las autoridades encargadas de sostener y proteger los sagrados derechos de la Iglesia y de la sociedad: pedid finalmente porque el Señor conceda su santa gracia á vuestro Obispo, y con ella logre la felicidad de vuestras almas. Y cumpliendo estos deberes que la Religion nos impone, recibid en prenda de nuestro acendrado afecto la bendición que os damos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu santo. Amen.

Dado en Córdoba, día de nuestra consagra-

cion á veinte y siete de Febrero de mil ochocientos cincuenta y nueve.

**Pedro María, Obispo de Orihuela.**

Por mandado de S. S. Ilma. el Obispo mi Sr

**FRANCISCO MANUEL IBARBA,**

SECRETARIO.



Los Sres. Arciprestes, Curas párrocos, y Vicarios leerán á sus respectivos fieles esta nuestra pastoral en un Domingo ó dia festivo al ofertorio de la Misa conventual, guardándose despues en el archivo parroquial. Concedimos cuarenta dias de indulgencia á los que la oigan y pidan al Señor por los fines que dejamos indicados.